

Una aguda perspectiva sobre la realidad que vivimos

Santa Bárbara, el Coronavirus y la sombra de la DANA: ¿Memoria histórica o realidad?

La reciente DANA que ha asolado un importante número de localidades de Valencia y Albacete, entre otras zonas, está volviendo a poner de manifiesto la triste realidad social que se demostró en los momentos posteriores al Coronavirus: quienes se han dejado la piel, en muchos casos literalmente, para ayudar a los demás en situaciones excepcionales, pronto quedan relegados, o son olvidados, por la sociedad. Una sociedad dormida por unos políticos que, como señala el Prof. García Sánchez, «pierden el tiempo en insultarse y echarse las culpas mutuamente, cuando resulta evidente que, en toda la cadena de implicados, se han cometido fallos lamentables» y se olvidan de lo más importante en este caso: «poner en marcha (sin inútiles pérdidas de tiempo) los recursos disponibles para recuperar las zonas afectadas. Y buscar soluciones para evitar que, en el futuro, volvamos a tropezar en las mismas piedras».

Prof. Julián García Sánchez

I. MEMORIA HISTÓRICA

Ha resultado conmovedor ver a tantos miles de personas salir cada noche a los balcones para homenajear al sufrido personal sanitario que cada día se dedicó, sin apenas descanso, a la noble tarea de su profesión, que no es otra que tratar de ayudar a todo aquel que sufre cualquier tipo de enfermedad, sea o no contagiosa. Doy por supuesto que todos somos conscientes, y los que participan en estos actos también lo son, de que, a lo largo de la historia de la Medicina, ha habido, lamentablemente, innumerables casos de sanitarios que se han visto contagiados y, en muchos casos, incluida esta pandemia, perdieron la vida como consecuencia de ello. Tan real es esta posibilidad que en todos los medios de comunicación se han referido a los muchos contagios, incluyendo naturalmente la lamentable pérdida del médico chino que intuyó la gravedad de la situación y dio la primera voz de alarma sobre la peligrosidad de la enfermedad que se nos estaba viniendo encima.

Esta forma de expresar su agradecimiento y/o admiración es muy loable y, como parte de ese mundo, aunque mi labor en esta epidemia haya sido más como espectador, me parece oportuno expresar también mi agradecimiento, muy especialmente a todos aquellos que han participado en esas demostraciones.

II. YA NO HAY TRUENOS... ADIÓS, SANTA BÁRBARA

Sin embargo, no puedo retirar de mi pensamiento las innumerables agresiones que sufren, o mejor dicho sufrimos, casi cotidianamente los profesionales que, con un sueldo lamentablemente bajo, nos enfrentamos a los pacientes, que consideran que su caso es prioritario y si no se responde «de inmediato» a sus exigencias, que incluyen las pruebas y/o exploraciones que según su criterio y/o lo visto en Internet, sean o no razonables o aplicables a su caso, insultan o, lo que es peor, llegan a la agresión física de todo aquel que se ponga por delante y trate de explicar que, o bien el resto de las personas también requieren la atención del profesional o profesionales implicados, o carecen de sentido para su caso concreto.

De cualquier modo, esto no es nuevo y, como sabemos, el refranero pone siempre el dedo en la llaga. Ahí tenemos a nuestra Santa que, en cada tormenta, ha de hacer horas extraordinarias para atender las innumerables peticiones de los usuarios. Lo bueno que tiene, a diferencia de los profesionales sanitarios, es que a ella le permiten tener un merecido descanso tan pronto las nubes han descargado sus mortíferos rayos. El personal de los servicios de urgencias, por el contrario, sin haber amainado la tormenta, sin apenas tiempo de recuperación, se tiene que enfrentar a la siguiente, que ya se está iniciando.

Esta situación, sin embargo, no es exclusiva de los profesionales sanitarios; por el contrario, es totalmente superponible a la que sufren otros profesionales en circunstancias más o menos similares. Me estoy refiriendo a los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, incluyendo ejército, guardia civil, policía y bomberos naturalmente, que también han estado colaborando activamente a luchar contra los efectos de esta pandemia. Militares, bomberos, guardia civil, policía local y nacional, personal de limpieza y un largo etcétera, han estado intentando cumplir y hacer cumplir las normas, más allá de su propia obligación, apoyando a todo el que lo necesitaba y contribuyendo a limpiar y desinfectar las zonas más o menos conflictivas, imprescindibles para que las personas autorizadas pudieran acudir a sus puestos de trabajo y cumplir con sus obligaciones.

III. REALIDAD

Pues bien, esas mismas fuerzas que, cuando hay condiciones meteorológicas adversas, se juegan la vida para evacuar e incluso salvar a muchos de ser arrastrados por las inundaciones o rescatarlos en la montaña, son insultados, vilipendiados e incluso agredidos por esos mismos ciudadanos que probablemente «rezaban» para que olvidasen los insultos y acudiesen pronto a ayudarles. De todos estos «ángeles», como de Santa Bárbara, los que recibieron la ayuda, se olvidan muy pronto con el agravante con respecto a la Santa, que a ella simplemente la olvidan, pero, a los que se han jugado la vida para salvarlos, muy pronto los vuelven a incluir en «la lista de los apestados» de los que hay que huir, no los vayan a ver intimando con ellos y eso suponga que sus amigos y vecinos pasen a su vez a considerarlos del grupo de los apestados.

Muy gráficamente, vemos el ejemplo de lo que supone la falta de «memoria histórica» de la población en la película «La lengua de las mariposas», genialmente interpretada por Fernando Fernán Gómez. Pues bien, los sanitarios también somos conscientes de que, una vez pasada la epidemia, corremos el riesgo de estar incluidos, como el maestro de la película, en el grupo

de los «apestados». Esto no quiere decir, ni mucho menos, que los sanitarios pensemos que no deberíamos hacer lo que hacemos; por el contrario, creo que todos estamos orgullosos de lo que es y representa nuestra profesión y jamás pensamos en el riesgo que asumimos cuando estamos ejerciendo, pero también tenemos claro que muy pocos de nuestros pacientes se van a sentir agradecidos a nuestra actuación. Cada día conocemos historias de quejas y denuncias, en la inmensa mayoría de los casos, totalmente infundadas, y solo excepcionalmente recibimos la notificación de que un paciente o algún familiar, se ha dirigido al director del Hospital o al jefe del Servicio agradeciendo o felicitando al responsable de la atención recibida en una situación más o menos comprometida para la salud del afectado.

Más triste que todo esto es repasar la memoria histórica real, no la inventada por los políticos: ¿Hay alguien que se acuerde de los miles de sanitarios que, cada día, entran en contacto con pacientes infectados por VIH, con hepatitis o con cualquiera de las numerosas infecciones bacterianas, víricas y fúngicas? ¿Es que acaso esa no es población de riesgo por no salir cada día en el tele-diario?

“

Creo que todos estamos orgullosos de lo que es y representa nuestra profesión y jamás pensamos en el riesgo que asumimos cuando estamos ejerciendo, pero también tenemos claro que muy pocos de nuestros pacientes se van a sentir agradecidos a nuestra actuación

”

IV. REFLEXIÓN FINAL

¿Habrá servido para algo el sacrificio de todas las personas que se han movilizadas y de las que han perdido la vida para dar tan generosa respuesta a las miles de emergencias originadas en esta guerra declarada por el coronavirus? No me atrevo a aventurar una respuesta, aunque tengo que confesar que me encuentro tan identificado con la santa citada en el título del artículo, que me cuesta mucho trabajo creer que sean muchos los que recuerden el estruendo de la alarma sanitaria que hemos vivido, a pesar de que haya generado un ruido tan inmenso que ha superado en mucho a la más fuerte de las catástrofes naturales, tanto en duración como en número de víctimas.

V. LA SOMBRA DE LA DANA

Estas meditaciones estaban en el cajón de los recuerdos, pero surgieron de nuevo en mi memoria a cuenta de lo sucedido como consecuencia de la reciente DANA, que asoló tan gravemente a un parte importante de la costa oriental de la Península. Desde entonces, los políticos, en lugar de unir fuerzas para encontrar soluciones contra los destrozos que están afectando tan gravemente a cientos de personas, pierden el tiempo en insultarse y echarse las culpas mutuamente, cuando resulta evidente que, en toda la cadena de implicados, se han cometido fallos lamentables y, aunque las disculpas no devolverán las vidas perdidas, sí serían importantes para que supusieran al menos la esperanza de que todos se habían puesto a trabajar, contribuyendo a poner en marcha (sin inútiles pérdidas de tiempo) los recursos disponibles para recuperar las zonas afectadas. Y buscar soluciones para evitar que, en el futuro, volvamos a tropezar en las mismas piedras y sobre todo para finalizar, de una vez por todas, el lamentable espectáculo que nuestros diputados nos ofrecen cotidianamente.

¡QUE ASÍ SEA!